

Se dejaba caer á sus piés, cuando la cortina del gabinete se separó de nuevo.

Por muy ligero que fuese el ruido, lo oyó la baronesa.

Enderezóse de un salto, y se soltó de los brazos de su amante, ahogando un grito.

Su marido estaba delante de ellos.

El barón Santiago estaba pálido como un cadáver, pero parecía tan tranquilo, tan dueño de sí, como si oyese á un cliente en sus oficinas de la calle Bergere.

Paseó una mirada firme por la sala, dejó caer la cortina sin pronunciar una palabra, echó el cerrojo á la puerta é hizo lo mismo en las otras salidas del dormitorio.

Volvió después á la chimenea, se apoyó en ella y dijo con la mayor sangre fría:

—Ahora estamos solos y podemos hablar. Nadie puede interrumpirnos.

III

EL BALANCE DEL SEÑOR DE VAUDREY.

Para que se comprendan los pensamientos que asaltaron al señor de Vaudrey al presentarse el barón Santiago, preciso es que retrocedamos algunas horas y reframamos la escena ocurrida en el mismo

día en la casa del duque, calle de Vancau, barrio de San Germán.

Esta casa apenas es visible para los transeúntes, que sólo distinguen de ella una hermosa verja del siglo XVII, con corona ducal, en otro tiempo dorada, y una pared muy alta, cuya cima desaparece bajo profusa vegetación de glicinias, yedras, saucos y mil plantas trepadoras.

La casa, vasta construcción de líneas severas, se levanta en el fondo del jardín, flanqueada á izquierda y derecha por grandes árboles que encuadran á maravilla su majestuosa fachada.

Su solo aspecto, en suma, basta para inspirar respeto hacia el propietario, que se comprende que no puede ser un cualquiera.

A eso de las nueve de la mañana, un ayuda de cámara, como de cincuenta años, se había detenido un momento frente á una puerta de dos hojas en el fondo de un largo corredor que dividía en dos el primer piso de la casa.

Aplicó el oído á la puerta.

En la habitación no se oía el menor ruido.

El criado estuvo indeciso algunos segundos.

—El señor duque ha pasado la noche jugando y no quiere que se les despierte, pensó. Sin embargo el Sr. Chapuzet ha dicho: para un asunto urgente. ¡Y el señor Chapuzet es un personaje!

Después de un momento de perplejidad, aquel servidor que parecía formal y reflexivo, adoptó una resolución.

Entró de puntillas, echó una mirada á la alcoba

en que descansaba su amo, y volvió al cuarto haciendo algo de ruido con evidente intención de interrumpir un sueño al parecer tan profundo.

Aquel criado no tenía lo que pudiera llamarse mal aspecto.

Al contrario.

Su rostro, á primera vista, inspiraba confianza.

Aquella cara tersa, cuidadosamente afeitada, surcada por algunas arrugas, blanca como si estuviera cubierta de polvos, parecía casi respetable.

Pero más prudente hubiera sido no fiarse de él sin ciertas reservas.

Sus ojos grises como los cabellos eran inquietos y falsos.

No se fijaban en nada. Su gesto expresaba recelo. Su mirar parecía inseguro y oblicuo como el de los zorros.

Si hallais personas apreciables que se parezcan á aquel digno servidor, desconfiad de ellas.

Era turenés y se llamaba Germán Riboux.

No honraba á su país, cuyos naturales valen mucho más que el Riboux; pero de una buena capa puede brotar un mal sarmiento alguna vez.

Por lo demás, Germán no tenía crímenes sobre su conciencia hasta entonces: algunos peccadillos, mujeres engañadas, amigos vendidos, picardias de hombre astuto que suplanta á otros y aprovecha el fruto de los negocios en que los demás han salido mal.

Esto no es más que habilidad, y por tan poca

cosa no le arrojarían la primera piedra los maliciosos del día.

Pasados algunos minutos, German, perdiendo la paciencia, dejó caer sobre la alfombra un pesado cepillo.

El ruido fué pequeño, pero produjo el apetecido resultado.

El dormido se enderezó sobresaltado y miró en derredor suyo frotándose los ojos.

—¿Qué hay, German? preguntó. ¿A que viene ese estrépito? ¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto, señor duque.

—Entonces vete; ¡déjame en paz!

—El señor duque considerará que no me permitiría despertarle por gusto. El señor tiene ya una visita.

—¡Que vaya al demonio!

German sonrió con zalamería.

—No me hubiera atrevido á despedirla, dijo.

—¿Pues quién es?

—El señor Chapuzet.

Este nombre produjo un efecto mágico.

El rostro del duque se alteró súbitamente y dió muestras de singular disgusto.

—El señor Chapuzet se ha instalado en el despacho. Lee su periódico con los pies sobre los morrillos, y me ha encargado que no dé prisa al señor duque. Pero yo he creído que acaso tendría el señor gusto en verle.

—Indudablemente... indudablemente. Pero ese excelente Chapuzet no tenía necesidad de moles-

tarje. Bastaba que me hubiera enviado lo que le pedía con uno de sus escribientes, porque tiene tantos escribientes como tres notarios juntos. El oficio de administrador es siempre excelente; pero como nadie es bastante rico para mantener una persona de la importancia del señor Chapuzet, este señor nos clasifica y nos encasilla por orden alfabético.

Para que el Sr. Chapuzet, el doctor Chapuzet, doctor en derecho, en el buen sentido de la palabra, que administra en sus oficinas de la calle Jacob la fortuna de treinta familias poderosas del barrio de San German, se hubiese tomado la molestia de acudir en persona á la calle Vaneau, por fuerza tenía que comunicar á su cliente algún grave y espinoso asunto.

German, mientras se entregaba á sus reflexiones puso al alcance de su amo todo lo necesario para vestirse de mañana.

El duque se preparó en un instante.

Pero la visita del Sr. Chapuzet le producía impresión penosa.

¿Qué motivo podía obligarle á molestarle á aquella hora?

Enojoso sin duda.

El duque Huberto de Vaudrey tenía por otra parte, sus razones para sospechar el motivo de la visita.

Ulrico y último representante de una familia ilustre, había recogido la herencia de su padre, en cuanto fué mayor de edad, ó sea once años antes.

Siempre es funesto para un joven hallarse demasiado pronto al frente de su fortuna.

Y esta era considerable.

Los Vaudrey-Laugou son duques desde Francisco I.

Su nobleza no es, por consiguiente, de ayer, como la de muchos, barones y condes cuyos antepasados no son fáciles de hallar en los documentos históricos de Francia.

Los Vaudrey han sido ilustres en diferentes conceptos: como militares en las campañas anteriores á la revolución; como ministros ó embajadores hasta Luis XVI; distinguieronse los últimos por su odio cordial al régimen que les obligaba á expatriarse, y por su energía, en fin, para disputarse una parte de los famosos millones de los emigrados, que les permitió reconstituir un patrimonio verdaderamente quebrantado por las confiscaciones y las ventas nacionales.

Huberto de Vaudrey había vivido con un descuido ó más bien con un desprecio de sus intereses verdaderamente insensato.

Era, haciéndole justicia, un caballero de intachable corrección que, con encantadora exterioridad, disfrazaba un profundo egoísmo y un desprecio á la vida y costumbres de los demás.

Arrastraba lujoso tren: tenía parte en una conocida cuadra de caballos para carreras, queridas de todas clases, jugaba fuerte, apuntaba quinientos lúises con la mayor naturalidad; ganaba sin pesta-

fiear, lo que era poco frecuente, y perdía lo mismo que era lo ordinario en él.

Nadie, y él quizá menos que nadie, se ocupaba en sus asuntos.

Se sabía que su fortuna era de consideración: conocidos eran su magnífica residencia de Langou, en la Bretaña, su casa y coto de caza en el Seint-et-Marne, abundante por demás.

Se le conocían varias casas en París y se suponía con razón, que con su apellido y sus rentas, el duque de Vaudrey, joven y brillante, era un personaje digno de todo menos de compasión.

Hubiera sido una insensatez.

Son pocos los que nacen bajo tan feliz estrella.

La luz entraba en el dormitorio y en el vasto gabinete de tocador que lo completa por tres altas ventanas, pero era una luz de invierno fría y melancólica, velada por nieblas que daban escalofríos.

El señor de Vaudrey se detuvo frente al único cuadro que adornaba aquella habitación, verdadero retiro de célibe mundano.

Era un retrato de mujer, joven todavía, en cuyas facciones se notaba indefinible expresión de dolor.

Si fuese posible prever el porvenir, se hubiera dicho que la duquesa, muerta de debilidad á los treinta años, adivinaba, al contemplar á su hijo con apagados ojos, las espantosas peripecias del drama que vamos á referir y el fin desastroso de su vida.

Se decía que había vivido muy retirada, que se dejaba ver poco y que su marido la abandonaba

por correr amorosas aventuras; pero á los murmuradores les hubiera costado sumo trabajo proporcionar pruebas, ni aun detalles, de aquellas aventuras, porque el duque de Vaudrey así como su hijo, á quien había transmitido, con su sangre, su carácter, unía una impenetrable discreción á un altivo desdén que impedían adivinar sus intenciones, y menos todavía sus secretos.

Al fin, después de haber dado una vuelta por el dormitorio, el joven se decidió á presentarse al Sr. Chapuzet.

Pero su rostro se contraía cada vez más.

El duque no gustaba de censuras. Quería arruinarse sin observaciones, si, tal era su gusto, y Chapuzet se había permitido ya ciertas reticencias y alusiones sobre lo excesivo de los gastos al remitirle las sumas que el duque le pedía de improviso, sin más explicación que esta: ¡las necesito á tal hora, sin falta, y á cualquier precio!

Parecía, pues, muy preocupado cuando entró en su despacho.

Este era un salón del piso bajo, amueblado con estremado lujo, aunque casi nunca se habitaba.

El duque apenas si pasaba por él todas las mañanas para recoger apresuradamente su correspondencia.

Hay en París muchos gabinetes de trabajo en que nunca se trabajó. Estos por lo común, son los más suntuosos.

El duque pasaba la vida en el círculo, en casa de sus amigos, en la fonda, en el teatro, en los hi-

pódromos, en el campo, en los baños, y rara vez en su casa.

Al verlo, el señor Chapuzet se levantó lentamente, doblando su periódico.

Chapuzet tendría unos cuarenta y cinco años; era grueso, bajo, redondo, rubio y moletudo como un amor. Sus ojos azules revelaban gran perspicacia. Sus labios sonrosados no se desplegaron sino á sabiendas.

—Lo he hecho esperar, y lo siento—dijo el señor Vaudrey.—¿A qué debo el honor de su visita?

El señor Chapuzet volvió á sentarse tranquilamente, se golpeó las rodillas con sus dedos carnosos, cuidados como los de una coqueta, y respondió:

—A una circunstancia, señor duque, que desgraciadamente, debe usted tener prevista.

El duque no se conmovió.

—No, en verdad—dijo;—soy muy torpe, lo confieso.

El señor Chapuzet sacó de su cartera una carta y la mantuvo suspendida entre el índice y el pulgar de la mano derecha.

—¿No me escribió usted ayer estas cuatro letras?—repuso.

—Sí. A media noche.

—¿Me pide usted cincuenta mil francos?

—Sin duda.

—¿Los necesita usted con urgencia?

—Hoy mismo por la mañana.

—¿Diabli!

—Debo entregar veintiocho mil á las doce del día. El resto me hace falta para otras cosas.

—Comprendo.

El señor Chapuzet se rasó suavemente la orja.

—Sin duda—siguió el joven—¿tendrá usted alguna dificultad para procurármelos?

—Acaso.

—Y que, ¿no podré tenerlos para la hora citada?

El señor Chapuzet golpeó de nuevo sus piernas como para invitar á su cliente á oír con atención profunda y dijo con acento más animado:

—Tendría un verdadero remordimiento en no sacarle de apuros.

—¿Está bien!

—Pero

—¿Hay un pero?

—Desgraciadamente.

—Explíquese usted.

—Es un nuevo esfuerzo que no puede exigirse.

—¿Por qué?—preguntó con cierta altanería el duque.

—Porque estamos completamente arruinados. No hay otra razón.

Si el doctor Chapuzet pensaba hacer gran efecto, se llevó chasco.

Su revelación falló como un cartucho mojado.

El señor de Vaudrey se encojió de hombros y se sonrió.

Su sonrisa puso de manifiesto dos magníficas filas de dientes.

30570

Usted conoce la divisa de mi familia, señor Chapuzet—dijo.

—Sin duda.

—¿No es: he valido, valgo y valdré?

—En efecto.

—Pues bien, querido doctor, he valido, no valgo ahora, pero valdré.

Chapuzet se inclinó y sonrió á su vez.

—¿Por un matrimonio?—dijo.

—¡Ay! sí. Puesto que es necesario, me resigno. Buscaré un dote.

—Iba á aconsejárselo. ¿Quiere usted que le ayude?

—Gracias.

—¿Quizá la tiene usted ya entre ojos?

—¡Aún no! Pero la hallaré.

Hubo un momento de silencio, verdadero armisticio entre los dos combatientes.

Chapuzet defendía su caja contra los ataques de su oliente. Había llegado la hora del peligro. Eos millones de los Vaudrey-Laugou se habían derretido como cera al fuego de un gasto loco.

El resto de la hacienda de la opulenta casa estaba abrumado de hipotecas, peste de los patrimonios.

Hubo rto de Vaudrey, en sus escasas horas de juicio, se entregaba á veces á reflexiones que nada tenían de tranquilizadoras; pero prefería aturdirse, y no creía tan próximo el cataclismo.

Respecto al remedio del matrimonio que podía enriquecerle y, según la frase de ritual, dorar sus blasones, no había pensado seriamente en él, retra-

sado siempre la fecha en que tendría que enseñar una libertad, de la cual le parecía su sacrificio el perder la menor parte.

En su negativa de aceptar el auxilio del señor Chapuzet entraban tanto la vanidad como la confianza en sus propios recursos.

Había pensado en la baronesa Bresson, pero sin forjarse ilusiones respecto á los insuperables obstáculos que les superaba.

—Dejémos á un lado el matrimonio—dijo—y hablemos de negocios.

—Con ese objeto vengo—respondió el señor Chapuzet desdoblado un pliego amenazador, cubierto de guarismos, que presentó á su interlocutor.

—¿Que es esto?—dijo el duque.

—Examinando este balance en que sus haciendas y bienes de toda especie están tasados en su valor actual, podrá usted ver que somos víctimas de la baja enorme que experimentan todas las propiedades inmuebles. Las tierras sobre todo, pierden lo menos un tercio de su valor. Es una desgracia imposible de prever hace algunos años y que nos hiera en el corazón de nuestros intereses. La liquidación se impone, pues, fatalmente y es de temer que sea desastrosa.

El Sr. Chapuzet hablaba con una precisión desoladora.

Aquel hombrecillo de rosada tez cortaba como una navaja de afeitar.

—Sin el recurso de que hemos hablado—continuó—nos ahogaríamos junto á la orilla; pero afor-

tunadamente aun lo tenemos. Usted no puede hallar obstáculos para agradar á las más opulentas herederas, y no faltarán solteras ó viudas que deseen poner una corona ducal y las armas de los Vaudrey en sus carruajes.

—¿Puede usted ofrecirme un año de tranquilidad sin que me vea obligado á rehusar el tren de mi casa? preguntó el duque.

Chapuzet reflexionó:

—¿Un año? dijo.

—Sí.

—¿Por qué esa demora?

—La necesito: es preciso buscar con calma, reflexionar, no comprometerse á la ligera en esa gran empresa del matrimonio.

—¿Pero se ocupará usted activamente en ella?

—Puesto que es preciso, murmuró el duque.

—Me lo promete usted.

—Sin duda.

—Es formal su resolución.

—Completamente formal.

—¿Y necesita usted un año para llevarla á feliz termino?

—Cabal.

—No comprendo.

—Ni hace falta.

—Obre usted como le agrade. Aunque con sentimiento, le concedo ese plaza. ¡Pero no más locuras! ¡no más falta! No podemos cometerlas ya.

—Comprendido. ¿Y los cincuenta mil francos?

—Los tendrá usted aquí dentro de una hora.

—Es usted un hombre inestimable, señor Chapuzet.

El doctor se levantó.

—Le dejo esta nota, dijo. Examínela usted despacio. Es una invitación á tener juicio.

—Gracias.

—Piense usted en su matrimonio, señor duque. Un titulo como el de usted constituye un valor de primer orden; pero, en general, no se negocia más que una vez.

Chapuzet saludó á su oliente, que le acompañó hasta la puerta y salió.

El señor de Vaudrey volvió á sentarse cerca de la chimenea, recorrió con la vista las columnas de guarismos que comprobaban su ruina é hizo un gesto de cólera.

—Un Vaudrey-Laugou, reducido á vivir como un propietario de provincias ó un especiero enriquecido, murmuró; porque no podia admitir la idea de una miseria completa y sin recursos; esto no se verá, aunque para reponerme tuviera que tomar una ciudad á sangre y fuego.

Arrojó al fondo de un cajón las cuentas del señor Chapuzet, y su semblante se serenó de pronto.

—No me costará tanto trabajo, pensó tomando varios retratos fotográficos de mujer esparcidos en desorden.

Los examinó distraidamente.

—Las mujeres me han arruinado, dijo; una mujer me enriquecerá.

Permaneció largo rato abismado en la contempla-

ción de una mala fotografía hecha en Rennes, á juzgar por la inscripción grabada detrás de la tarjeta.

Era el retrato de un mujer sencillamente vestida, casi una colegiala acabada de salir del convento; pero su cabeza tenia una gracia sin igual, angélica virginal, con sus grandes ojos ensiadores, sus cabellos trenzados que caían sobre los hombros algo delgados tal vez y el puro óvalo de su rostro dulce y casto.

—Si estas viudas, si estas hijas de advécédizos, continuó el duque, estas herederas entre las cuales tengo que elegir, tuviesen solo la mitad de encantos que esta joya que se llama Ivonna Rebec, pronto adoptaría una resolución. ¡Qué delicadeza! ¡qué talle! ¡qué cabellos! ¡qué ojos, grandes, ingénuos y persuasivos! ¡Con esta aldeana y mi castillo de Langou, hubiera sido feliz como un rey! ¡Qué mala vida llevo! ¡Hace un año que no puedo apartarla de la imaginación! ¿Qué tiene para interesarme de este modo? ¡Dulce criatura! ¡Deliciosa muchacha!

Volvió la fotografía al cajón y arrojó las otras sobre la mesa al azar, con movimientos nerviosos y cortados.

Levantóse después y dió algunos pasos por la habitación.

—Es asombroso, pensó, cómo el recuerdo de esa niña me hace amar el campo, ¡á mí que no lo puedo aguantar! ¡Oh! la campiña, los bosques, los prados, los horizontes sin límites, el canto de los pájaros, ¡qué hastío! Tiene razón Chapuzet. Un buen

matrimonio puede arreglarlo todo. Lo pensaré. ¡Y ese dinero, que no acaba de llegar!

Al punto, como si para verlo cumplido le hubiese bastado formular un voto, abrióse la puerta y Germán se apartó para que entrase uno de los escribientes del doctor Chapuzet, que dejó sobre la mesa un paquete de billetes de mil francos.

—Sírvase usted contarlos, señor duque, dijo el curial.

—¿Cincuenta? preguntó el señor de Vaudrey.

—Sí, señor.

—Su principal es la exactitud personificada.

¿Trae usted recibo?

—Aquí está.

—Traiga usted.

Lo firmó con letra mala y ligera y lo devolvió al escribiente, que saludó y partió.

Germán volvió al punto.

El joven le dió uno de los paquetes.

—La sota de bastos me trata mal, dijo. Que lleven esos billetes á la casa de Vernier, que enganchen á Sultán al coupé.

Salió el ayuda de cámara y volvió al instante.

Traía una esquila en la mano.

—Es de la señora baronesa, se dijo con misterio. Después del dinero, el amor.

—¿Quién la trae?

—Luciana.

—¿Dónde está?

—En un coche.

—Que entre.

—Está bien.

El señor de Vaudrey rompió el sobre de la es-
quela y la leyó con avidez.

He aquí su contenido:

«Necesito verte esta noche. Luciana te esperará
á las once en el jardín. No tienes más que empujar
la puerta de la calle de Telleran. Estaré sola. Ven.
Lo quiero.»

Y debajo:

«Tuya siempre,

LUCIANA.»

El duque se mordió los labios.

—¡Está loca! dijo. ¡Qué temeridad!

Una mujer de treinta y cuatro á treinta y cinco
años, elegantemente vestida de negro, con sencillo
pero irreprochable sombrero, alta y delgada, more-
na como una criolla, y cuyo único encanto lo consti-
tufian dos ojos negros, brillantes como carbunclos,
entró sin hacer ruido.

No andaba, se deslizaba sobre el pavimento. Se
detuvo ante la mesa del señor de Vaudrey.

—¿Conoce usted el contenido de este billete, Lu-
ciana? preguntó el joven.

Astuta sonriosa plegó ligeramente los delgados la-
bios de la sirviente.

—La señora baronesa, dijo, tiene para mí pocos
secretos.

—Le sería difícil.

—¡Oh! exclamó modestamente Luciana.

—Si su señora los tuviese, usted los descubriría.

La doncella bajó los ojos.

—Su ama de usted ha estado muy poco acertada,
añadió el duque.

—Esa misma observación me he permitido ha-
cerla.

—Tiene usted razón. ¿Por qué no la ha atendido?

—La señora no quiere oír nada de eso. Pretende
que tal recuerdo será el más hermoso de su vida.

—Puede sorprendernos el barón.

—El señor barón se va de Paris por dos días.

—¿Adónde?

—A su castillo de Villiers.

—¿Y si volviese?

—El señor barón jamás altera sus planes. Tiene
la regularidad de un cronómetro. Ha dicho dos
días, pues estará dos días.

El duque hizo un gesto de indiferencia.

—Basta, dijo. Ya comprenderá usted que si te-
mo, no es por mí, ciertamente. Debo guardar mi-
ramientos sólo en consideración á su señora. Hasta
ahora, gracias á la lealtad de usted, hemos cubierto
las apariencias. Nadie, creo, sospecha unas relacio-
nes para mí llenas de encanto. Pero semejante atre-
vimiento puede dar con todo al traste.

Luciana se encogió de hombros.

—La señora lo quiere, dijo, ¿qué le respondo?

—Iré.

—Está bien, señor duque.

Huberto de Vaudrey parecía haber dado al ol-
vido sus cuidados. Su rostro estaba radiante.

La doncella se retiraba.

El duque la llamó:

—¡Luciana! dijo.

—¡Señor duque!

—Vamos, sea usted franco, si es posible. ¿Es cierto que el barón ama á su mujer tan apasionadamente como ella se figura?

—¡Es tan bella la señorial!

—Cierto. La maravilla de las rubias.

—El señor barón, por otra parte, se lo ha demostrado al casarse con ella, aunque nada tenía.

—El era rico por diez. ¿Y continúa el cariño?

—Más bien crece. No hay atenciones ni obsequios de que el señor y su hermano, el barón Noël, no colmen á mi ama. Casi podría decirse que tiene dos maridos, mirando cómo la agasajan. El mayor se muestra más solícito y más cariñoso que el otro. No se casa, porque dice que no puede encontrar mujer semejante á su cuñada. Además, los dos hermanos se adoran. Nunca hay desacuerdo entre ellos. ¡Y tan ricos!

—Sí, la antigua banca de los Bresson ha ido viento en popa, dijo arrogante el duque. Para esas gentes es el mundo. La casa Bresson hermanos y los judíos están en alza. ¡Todo sale bien á ciertos negociantes en dinero que trabajan como empleados desde la mañana hasta la noche! Los millones abundan en sus cajas.

—¡Es muy cierto! suspiró la doncella.

Una sonrisa perversa contrajo los labios del señor de Vaudrey.

—Sólo hay un punto obscuro en ese brillante

cuadro, dijo: esa encantadora mujer á quien ha colmado de todo. ¡Oh, miseria!

Nada respondió Luciana. Limitóse á pensar que su señora había sido para su marido, Santiago Bresson, una mujer ideal é irreprochable hasta que el conde de Vaudrey, por capricho y entretenimiento de sus ocios, había venido á tentarla y á remover en ella la mala leyadura que fermenta en el fondo del corazón humano.

—Hasta la noche, Luciana, dijo el duque.

Era una despedida.

La doncella volvió á su carruaje.

A la puerta del palacio, Sultán, soberbio corcel, negro azabache, esperaba á su amo.

Tres minutos después, el duque, balanceándose inestablemente sobre los almohadones de su excelente cupé, atravesaba el Sena por el puente de Solferino, y repetía:

—¡Un buen matrimonio, es la salvación, sin duda!

Y añadía:

—¡Ah! ¡si la baronesa estuviese viuda! ¡Veintisiete años! ¡Una perla y montones de oro, como si el pactolo corriese por su casa! ¡Pero desgraciadamente es una quimera! Sin embargo, ¿de qué depende la vida del hombre? ¡De un hilo! ¡Y estoy seguro de que me ama hasta condenarse eternamente si yo lo quisiera!

Pero después de todo, qué más me dá ella que otra!

A las doce en punto el negro caballo pifaba